

CRÓNICA LITERARIA

NOVELISTAS DE LA ESPAÑA DE HOY

JORGE EDWARDS

En los primeros años del posfranquismo hubo cierta baja en la lectura de novelas y se notó un auge extraordinario, en cambio, de los géneros testimoniales y de la historia. Los libros de memorias, los diarios, los reportajes, las correspondencias, incluso las historias de España moderna, ocupaban los primeros lugares en la edición y en la lectura. El país había sido mantenido durante cuarenta años en la desinformación relativa, en la ruptura con el exilio, en una comunicación parcial con el mundo contemporáneo, y parecía obsesionado por la idea de informarse y de tomar un desquite rápido.

Esa curiosidad —recuperación de la memoria histórica— continúa, pero parecería que la novela tiende a volver a su posición privilegiada. Los novelistas más conocidos siguen escribiendo y publicando. La última obra de Juan Marsé, *Un día volveré*, acaba de aparecer en la editorial Plaza y Janés de Barcelona. Otro novelista, Juan Benet, también de origen catalán, anuncia que ha terminado el primer tomo de una trilogía en la que la guerra civil llegará a sus dominios ficticios, al territorio llamado Región, eco hispánico del condado de Yoknapatawpha, creación y "propiedad exclusiva" de William Faulkner. Camilo José Cela también entrega en estos días el manuscrito de su última novela.

A todo esto, escritores que vienen de la poesía, del ensayo, de la edición, del periodismo, se afirman ahora en una posición sólida como novelistas. Manuel Vázquez Montalbán, con *Los pájaros de Bangkok*, se mantiene

durante meses en la lista de autores más vendidos del país. El poeta Pedro Gimferrer publica en catalán *Fortuny*, obra construida alrededor de un pintor, fotógrafo, escenógrafo, decorador y diseñador de modas de comienzos de siglo, único personaje auténtico incorporado a la gran novela de Marcel Proust sin modificaciones, *Mariá Fortuny i Madrazo*. En *Fortuny*, Gimferrer ha desarrollado el estilo que encontró en las estampas breves de su *Dietario* y que le sirve para revi-

bres de nuestra época, convertidos en mitología, pasan a formar la base de una escritura creativa.

El movimiento editorial español es enorme, incesante, y otorga un lugar de primera importancia a traducciones, reediciones, ediciones críticas. Novelistas clásicos de la literatura catalana del siglo XX, tales como Lorenç Villalonga, cuyo *Bearn* es comparado frecuentemente y con razón con *El gatopardo*, de Tomaso di Lampedusa, y como Mercé Rodoreda, empiezan a ser amplia-



vir momentos del arte de los siglos XIX y XX, con personajes situados entre la historia y la ficción y que se llaman Gabriel D'Annunzio, Marcel Proust, Reynaldo Hahn, Liane de Pougy, Orson Welles, Henry James, Rodolfo Valentino... Los grandes nom-

mente leídos en lengua castellana. Una de las principales novelas de la Rodoreda, *Plaza del Diamante*, acaba de ser llevada a la televisión y es un éxito completo de sintonía, demostración de que la pantalla chica y la novela de calidad, en un ambiente

democrático, se ayudan en lugar de hacerse la guerra.

El debate que se ha promovido en España sobre los colegios privados y la enseñanza religiosa ha puesto de actualidad la novela de juventud de Ramón Pérez de Ayala, historia semi autobiográfica de su propia educación en un colegio de jesuitas, **A. M. D. G.** La ha editado Cátedra, casa editorial de Madrid, con un largo estudio introductorio e interesantes notas de Andrés Amorós, uno de los mejores conocedores de la narrativa española moderna. Toda la crítica ha coincidido en señalar que los métodos de enseñanza descritos por Pérez de Ayala fueron modificados radicalmente por los propios jesuitas, pero la obra, de todos modos, suscita una reflexión sobre un pasado religioso que influyó en los problemas y los conflictos de la España de este siglo.

La novela de América latina,

entretanto, sigue teniendo una fuerte presencia en el mundo editorial español, aunque más equilibrada por las obras de los narradores peninsulares. El fin de la censura y del exilio contribuye a permitir este equilibrio. Como ya sabemos, uno de los éxitos latinoamericanos recientes ha sido el libro de Isabel Allende, **La casa de los espíritus**, que en Chile seremos los últimos en conocer, como sucedía en el pasado franquista con muchas de las principales novelas escritas por españoles.

Aunque resulta arriesgado hacer generalizaciones, podría sostenerse que la narrativa peninsular de hoy tiende a bifurcarse en dos corrientes: una predominantemente formal y estética —un buen ejemplo es **Fortuny**, de Pedro Gimferrer—, y otra que más bien abandona los alardes vanguardistas de hace quince o veinte años y busca un relato lineal y

eficaz, que se apodere de la atención del lector. Es probable que Juan Marsé, en **Un día volveré**, haya escogido esta segunda alternativa en forma deliberada. Su novela oscila entre el suspense propio de un relato de aventuras y la nostalgia. Lo que se impone, en definitiva, es una reflexión nostálgica, desengañada, sobre el viejo tema de vencedores y vencidos, el tema del triunfo y la derrota y el de la venganza y la revancha. **Un día volveré** es sólo en apariencia una novela de acción. En otro aspecto, es un alegato apasionado en contra del círculo infernal de la venganza, en favor de la paz y del olvido, único antídoto real contra la guerra permanente. Además, como en todas las novelas de Marsé, en **Un día volveré** surge un retrato conmovedor, poético y a la vez amargo, terrible, de la Barcelona de los años duros de la dictadura franquista.